

La lucha contra el Plan Hidrológico Nacional y por la Nueva Cultura del Agua avanza en el 2002

Cristina Monge^[1]

La lucha contra el Plan Hidrológico Nacional y por la Nueva Cultura del Agua es hoy ya, después de más de dos años de movilizaciones, un movimiento en el que están implicados los más diversos actores políticos y sociales. Amplios sectores de toda la sociedad han participado, a lo largo de este camino y de maneras muy diferentes, en las movilizaciones, denuncias y manifestaciones públicas en contra del PHN. Los argumentos esgrimidos por parte de los distintos sectores han sido, obviamente, muy diferentes: en Aragón, encontramos desde aquellos que siguen reclamando mercados privados de aguas, en los que ellos mantienen las redes clientelares y caciquiles de promesas de regadío para buena parte del mundo rural aragonés, hasta los discursos que, apostando por una Nueva Cultura del Agua, cuestionan no sólo la filosofía y modelo de desarrollo del Plan Hidrológico Nacional, sino también las caducas ideas que se esconden detrás del Pacto del Agua de Aragón,^[2] en el que las políticas de oferta y las viejas ideas regeneracionistas justifican, a cualquier precio, la inundación de valles y el embalse de agua indiscriminado en cualquier valle susceptible de ser cerrado por una presa. Pero también en otras zonas afectadas, como el Delta del Ebro, el no al Plan Hidrológico es el denominador común de discursos e intereses diferentes.

Desde aquél febrero del año 2000, en que tenía lugar la primera gran movilización unitaria en Barcelona contra el PHN, el movimiento social por la Nueva Cultura del Agua ha dado importantes pasos: si el año 2000 fue el momento de esas primeras muestras de rechazo al PHN y el modelo de política hidráulica que esconde, y el 2001 el salto de estas críticas, desde toda la Cuenca, al escenario Europeo con esa histórica manifestación en Bruselas de más de 10.000 personas, el año 2002 ha escenificado la ampliación de una campaña que recogía, fundamentalmente -aunque no de manera exclusiva- las reivindicaciones de la Cuenca del Ebro, a un movimiento mucho más ambicioso por la Nueva Cultura del Agua tanto en la Cuenca, como en el arco mediterráneo y buena parte del Estado Español en su conjunto. Si a esto le unimos los avances que se han ido produciendo en la labor de tejer una red Europea por la Nueva Cultura del Agua, podemos afirmar que el 2002 ha sido un año de avances tanto cuantitativos como cualitativos, en esta movilización.

La primera gran movilización del año tenía lugar ya en el primer trimestre: en el mes de marzo se celebraba la Cumbre Europea de Barcelona, y se programaba, por parte de numerosas organizaciones, un día dedicado a la defensa de la Nueva Cultura del Agua y la lucha contra el PHN. Este gesto confirmaba algo que se podía empezar a intuir meses atrás: el rechazo al Plan Hidrológico Nacional constituía una de las principales luchas de oposición al gobierno del señor Aznar, y como tal, se mostraba en el escaparate de reivindicaciones sociales que acompañaba a la Cumbre europea. En un escenario de lujo como era éste, pudimos comprobar cómo las alianzas que se habían generado a lo largo de estos dos años entre amplios sectores de la izquierda aragonesa, catalana, y de otros puntos del Estado, se consolidaban permitiendo visualizar un amplio abanico de siglas de todo el espectro de la izquierda y en el caso aragonés, incluso del Partido Aragonés Regionalista, que tampoco faltó a la cita. Las 400.000 personas que se reunieron en Barcelona sorprendieron a la propia organización, confirmando que nos encontrábamos ante una movilización tan sólida como heterogénea entre sus componentes: Desde el

PAR, como decíamos, y el PSOE aragonés junto al PSC, hasta los sectores más a la izquierda del movimiento antiglobalización, pasando por COAGRET, las Plataformas en Defensa del Ebro, Ecologistas en Acción y una nutrida representación sindical y de partidos políticos del espectro de la izquierda, tomaron parte activa en la que ha sido una de las mayores movilizaciones de carácter sectorial en el semestre de presidencia europea. Dos ideas coronaron esta manifestación: la defensa de la Nueva Cultura del Agua y la apuesta por el Diálogo Social como método de resolución de los conflictos, también en materia hidráulica.

La segunda gran cita del año tuvo lugar en Mallorca el día 25 de mayo, con motivo de la reunión de los ministros de medio ambiente de la UE. Bajo el lema «Otro Medio Ambiente es posible. Por una Nueva Cultura del Agua», se reunieron más de 15.000 personas en una movilización de enormes dificultades técnicas —desplazamiento, fechas, etc.—, manteniendo viva, así, la lucha contra el PHN y mostrando, ante los medios de comunicación de todo el mundo, los argumentos de la apuesta por la Nueva Cultura del Agua.

Llegó el verano y con él el anuncio del «mini-trasvase» a Barcelona, que generó numerosas acciones de protesta en el Bajo Ebro, entre las que podríamos destacar la recogida de miles de firmas en todo el Delta del Ebro, que se unieron a las miles recogidas también en Zaragoza: en el mes de septiembre, representantes de las Plataformas en Defensa del Ebro de Aragón y Cataluña, entregaban en Barcelona, ante la sede de la Agencia Catalana del Agua, decenas de miles de alegaciones que demostraban que la lucha contra el PHN se había transformado, en amplios sectores sociales, en una lucha mucho más amplia por la Nueva Cultura del Agua dispuesta a cuestionar cualquier cosa que se considerara una agresión ambiental, económica o social. Este salto obligó a los distintos actores sociales y políticos a reconsiderar algunas de las posturas que, hasta ahora escondidas en un ambiguo «No al PHN», seguían formando parte de sus agendas, presentes y futuras.

Pero durante ese verano se estaba gestando ya lo que sería una de las movilizaciones de mayor repercusión, tanto mediática como política, en esta lucha. Confirmada la fecha de la reunión de la Convención Ramsar en Valencia, y la intención del gobierno español de aprovechar la ocasión para mostrar las excelencias ambientales de su Plan Hidrológico, colectivos, partidos políticos y sindicatos del litoral mediterráneo daban la voz de alerta y nos instaban a participar en lo que sería una de las movilizaciones de mayores consecuencias socio-políticas en esta batalla. Pero desde la Cuenca del Ebro no podíamos llegar a Valencia con las manos vacías: la bandera de diálogo social que habíamos izado ya en otras ocasiones esta vez adquiriría mayor vigencia, si cabe, en lo que se supone que era una movilización en territorio «enemigo». Pero tampoco nos conformábamos con eso.

Nos encontrábamos ante un escenario de alianzas políticas y territoriales que habíamos ido tejiendo los años anteriores, y no teníamos ninguna duda en que el gobierno español y la derecha valenciana iban a utilizar todos los medios a su alcance para criminalizar la movilización. En esta situación, nuestra apuesta fue, nuevamente, desbordar con los hechos: había que llegar a la Convención Ramsar tras haber recogido, por toda la cuenca del Ebro, las demandas e inquietudes de territorios bien diferentes, haber explicado nuestro rechazo al Plan Hidrológico Nacional y haber realizado una apuesta decidida por la Nueva Cultura del Agua y el diálogo social.

Así, durante el mes de agosto se comenzaban a hacer los primeros contactos, a diseñar el material, a crear las primeras comisiones de trabajo, para que en el mes de octubre pudiera partir, desde Reinosa, la «Marcha al Mediterráneo por una Nueva Cultura del Agua».

Esta movilización tenía ambiciosos y variados objetivos: a la lucha contra el PHN y la defensa de la Nueva Cultura del Agua había que añadir ahora la concreción y reafirmación en uno de los principios que ya se habían señalado en movilizaciones anteriores: la apuesta por el diálogo social. Diálogo social entre toda la Cuenca del Ebro, entre el llano y la montaña, entre el «interior» y el litoral, entre los habitantes de la ribera y los supuestamente beneficiarios del trasvase del Ebro... toda una lección de democracia y participación que dio acogida a los más diversos sectores de la sociedad española, con la excepción del Partido Popular, que seguía haciendo gala, en este tema como en tantos otros, de un autoritarismo digno de otros tiempos. Una movilización que situó en la escena los principales conflictos que en materia hidráulica existen en la Cuenca del Ebro y en el conjunto del arco Mediterráneo: el No al PHN debía transformarse, para amplios sectores del movimiento, en una apuesta decidida y coherente por la Nueva Cultura del Agua, dando respuesta a los distintos problemas que genera la vieja cultura del agua y el hormigón.

Todo estaba preparado, por tanto, para que el día 30 de octubre los primeros treinta marchistas partieran hacia Reinosa, desde donde se inició esta histórica marcha. Una marcha que a lo largo de veinticinco días recorrió andando toda la cuenca del Ebro desde Cantabria para, una vez llegados al Delta del Ebro, poner rumbo a Valencia donde la semana del 18 al 23 de noviembre se daba cita la Convención Ramsar para la protección de Deltas y humedales.

La movilización se caracterizó por ser tan dura como participativa: los aproximadamente cuarenta kilómetros de media que se recorrían andando todos los días contaban con nutridas representaciones de las gentes del Delta del Ebro, con ciudadanos aragoneses de distintas comarcas y con gente de las zonas por las que la marcha atravesaba que, a lo largo de unos kilómetros, unas horas, o unos días, acompañaban a los marchistas en su recorrido. Ciertamente es complejo hablar de cifras en una movilización como ésta, pero hay un dato evidente: ninguna de las etapas de la marcha contó con menos de treinta personas; número que iba creciendo conforme el camino avanzaba. Y en todos los sitios, sin excepción, desde grandes ciudades, hasta pueblos de toda la cuenca, se encontró un calor y una acogida difícil de imaginar, máxime, si tenemos en cuenta los diferentes colores políticos de los ayuntamientos por los que se iba pasando.

Los argumentos contrarios al Plan Hidrológico Nacional se iban extendiendo a cada kilómetro, en cada recepción de cada ayuntamiento, en cada cena con los colectivos que nos acogían.... Pero había que cumplir otro objetivo, tan importante como este primero: recoger, a lo largo de todo el recorrido, los conflictos y reivindicaciones que existen relacionados con la gestión del agua. La marcha se convirtió, por tanto, en un continuo diálogo con todos los territorios, en una especie de recepción permanente de las reivindicaciones de cada zona, y en un grito que pedía un replanteamiento de la política hidráulica mediante el diálogo en cada parte del territorio. La Vieja Cultura del Agua estaba dejando a la luz numerosos conflictos que no podían pasar inadvertidos en una

movilización como ésta, ni mucho menos ante la Convención Ramsar para la protección de los Deltas y Humedales.

Por el camino se recogían múltiples muestras de apoyo de instituciones, colectivos, entidades de todo tipo, y de la población en general, y la marcha iba aumentando su temperatura conforme se iba acercando a los principales territorios afectados por el PHN: así, la entrada a territorio aragonés, el día 7 de noviembre, tuvo un masivo seguimiento por parte no sólo de la comarca de Tarazona, sino de todo Aragón. Dos días después, el 9 de noviembre, llegaba a Zaragoza una columna de gentes del pirineo aragonés que, tras bajar en bicicleta desde Biscarrués hasta Zaragoza, se unirían al día siguiente a la misma subrayando los efectos que este modelo de política hidráulica, representado en el Plan Hidrológico Nacional, tiene para la montaña: valles enteros anegados en virtud de no se sabe bien qué interés general, con objeto de almacenar un agua que hace las delicias de constructores, hidroeléctricas y, por supuesto, proyectos trasvasistas, bajo falsas promesas de regadíos que carecen de toda planificación.

La Marcha al Mediterráneo llegaba a Zaragoza el 10 de noviembre; 15 kilómetros antes, en pueblos cercanos a la capital aragonesa, en torno a 5.000 personas se iban sumando a la marcha en los últimos kilómetros antes de llegar a Zaragoza y, una vez allí, otras 10.000 se daban cita en los puentes del Ebro para recibir a los marchistas y dar juntos un simbólico abrazo al Ebro.

Al día siguiente, la Marcha partía para seguir recorriendo la ribera: colegios, ayuntamientos, asociaciones, sindicatos de todas las zonas, salían a acompañar a los marchistas y les daban el mejor de los recibimientos. Así se llegaba el día 15 de noviembre a tierras Catalanas y el domingo 17, en una jornada histórica, llegaban a Tortosa más de 15.000 personas procedentes de todo el Delta del Ebro que recorrían juntos el camino desde Roquetes: las calles de Tortosa volvían a convertirse, una vez más, en un río de gentes con una única voz que clamaba contra el PHN y defendía el derecho a la existencia de toda una comarca, unas gentes, una forma de vida, un hábitat...

Se culminaba así la marcha al Mediterráneo en el ámbito de la cuenca del Ebro, y ahora llegaba el momento de atravesar la Comunidad Valenciana. Los intentos del gobierno del Partido Popular y de la derecha valenciana por criminalizar la movilización y alentar un enfrentamiento inexistente iban creciendo conforme pasaban los días: las Cortes valencianas aprobaban una resolución en contra de la marcha y la manifestación en Valencia; un senador del Partido Popular comparaba la Marcha al Mediterráneo con la Marcha Verde; empresarios y terratenientes valencianos lanzaban sus lindezas con declaraciones en las que se leía que el agua debía estar en Valencia, que era donde la construcción de complejos turísticos era más rentable... toda una campaña de publicidad que nunca hubiéramos soñado.

Y con todo este escenario y este montaje mediático se llegó a la Comunidad Valenciana: no hubo apedreamientos por las carreteras, ni altercados, ni agresiones, ni rechazo alguno... en todas las localidades en las que la marcha pasaba era recibida por el tejido social y en todos los sitios, sin excepción, se exponían los motivos que nos llevaban a rechazar este Plan Hidrológico Nacional en reuniones, entrevistas con los medios de comunicación y conversaciones con entidades de toda índole. Castellón fue todo un símbolo de esto: en la Universidad de Castellón se dieron cita organizaciones

valencianas de todos los ámbitos —sindicatos, partidos políticos, organizaciones ecologistas, organizaciones agrarias— , y tras, varias horas de debate, llegaban a unos acuerdos de mínimos acerca de las necesidades, las carencias del PHN y posibles soluciones desde la Nueva Cultura del Agua. Así, la sociedad civil daba un salto de gigante y se ponía delante de gran parte de sus gobernantes dando todo un ejemplo de cultura democrática y participación.

Pero si la marcha al Mediterráneo tuvo numerosos efectos en su recorrido por el litoral, hay uno que merece la pena destacar: la información acerca de lo que el PHN suponía, las distintas obras de embalses planteadas en la zona y, por supuesto, el destino del agua trasvasada en consonancia con un modelo de desarrollo desequilibrado e insostenible eran argumentos que empezaban a pesar en toda la sociedad. Y los principales afectados de esta espiral especulativa, de este juego de intereses inmobiliarios y turísticos, los supuestos beneficiarios del trasvase comenzaban a sacar a la luz, en medio de duras acusaciones, descalificaciones y presiones por parte de los poderes económicos y políticos, las contradicciones y las mentiras con las que se estaba mercadeando en toda la zona.

La Marcha llegaba a la capital valenciana el sábado 23 de noviembre y tras recorrer andando más de 1.000 kilómetros conseguía entrar a la Convención Ramsar, en medio de fuertes medidas de seguridad, para hacer una pequeña intervención donde se exponían los motivos del rechazo al PHN y leer un manifiesto, ante la mirada entusiasta de los delegados de la Convención. El día siguiente, el domingo 24 de noviembre, sólo quedaba visualizar lo ya constatado durante toda la Marcha.

Con estos intensos 25 días de Marcha al Mediterráneo, que fueron capaces de generar redes de solidaridad mucho más fuertes de las que este artículo puede reflejar, no es de extrañar que la manifestación convocada en Valencia el día 24 de noviembre fuera todo un éxito: ese día allí estábamos, cómo no, aragoneses y catalanes, junto a castellanos, gentes venidas de La Rioja, de Madrid, de Andalucía... pero que a nadie se le olvide, que los auténticos protagonistas de esa movilización fueron los miles de valencianos y valencianas, gentes del arco mediterráneo, supuestos beneficiarios del Plan Hidrológico Nacional, que se sumaban al rechazo del Plan y pedían diálogo social.

La lucha contra el Plan Hidrológico Nacional, la denuncia del mercadeo de un recurso como el agua, la crítica a un modelo de desarrollo desequilibrado e insostenible, y la apuesta decidida por la Nueva Cultura del Agua y el Diálogo Social han dado, a lo largo del 2002, un salto tanto cuantitativo como cualitativo; se ha extendido a todo el arco mediterráneo, ha sido capaz de seguir agrupando a un amplio abanico de sensibilidades socio-políticas y sigue profundizando en el discurso y en la necesidad de articular auténticos mecanismos de diálogo social y participación para resolver los problemas que existen en este ámbito, bajo una perspectiva de planificación integral del desarrollo.

En el ámbito interno, el movimiento contra el PHN ha demostrado ser tan sólido como complejo: la enorme variedad de actores con intereses en ocasiones contrapuestos ha hecho necesaria una labor de mediación y consenso permanente, en la que en cada movilización ha habido que negociar, punto por punto, lemas, declaraciones y manifiestos. Pero el cambio social de fondo que las movilizaciones contra el PHN están generando supone un cambio cultural histórico que está barriendo los grandes mitos del regadío, el embalse y el agua, en cantidades y a cualquier precio.

Mirando al futuro inmediato, el movimiento contra el PHN debe seguir trabajando desde la pluralidad, reforzando los componentes rojiverdes de su discurso y tejiendo redes de alianza más allá de las locales: afianzar las relaciones existentes en el Litoral mediterráneo y el Sur del Estado español, así como profundizar en las propuestas de la Nueva Cultura del Agua, trascendiendo del NO al PHN al cuestionamiento de este modelo de desarrollo que esconde, son las líneas en las que seguiremos trabajando a lo largo del 2003.

En cuanto a escenarios, debemos seguir trabajando en el ámbito europeo en lo que supone una enorme oportunidad de relación, alianza y trabajo conjunto con otras organizaciones europeas, demandando a la UE que ni un solo euro financie este PHN y que haga cumplir la legislación comunitaria en materia medioambiental, con la que choca frontalmente el Plan Hidrológico.

El ciclo de movilizaciones, no obstante, empieza a dar señales de entrar en un nuevo período condicionado por la próxima cita electoral en mayo de 2003, lo que le va a suponer considerables retos, diferentes en cada territorio, al conjunto del movimiento. Saber mantener la pluralidad y la coherencia evitando entrar en batallas partidistas, son algunos de ellos.

En definitiva, podemos afirmar que nos encontramos con una movilización que ha desbordado a las propias organizaciones, que está alcanzando un interesante grado de madurez y en la que, dentro de la heterogeneidad de actores y sensibilidades, el discurso rojiverde y de defensa del territorio —situado a la izquierda de la izquierda— se está implantando y llega a alcanzar la hegemonía en considerables sectores sociales y políticos.

[1] Cristina Monge es miembro de COAGRET

[2] Documento firmado en 1992 por las fuerzas políticas entonces presentes en las Cortes aragonesas —PP, PAR, PSOE e IU—, a modo de catálogo de obras de regulación, que además de no haberse ejecutado hasta la fecha, ha supuesto una enorme contestación social durante toda la década.